

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
 Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
 como hija, esposa y madre,
 conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
 Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
 para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
 Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
 el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
 Muéstranos tu protección de Madre
 y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

1) INTRODUCCIÓN	1
2) SANTA MARÍA, REFUGIO DE PECADORES.....	2
3) MARÍA Y LA GENERATIVIDAD DE LA MISERICORDIA	2
4) LA FAMILIA, PRIMERA MISERICORDIA DE DIOS	4
5) RESUMIENDO.....	5
6) CONCRETANDO	5
7) PRÁCTICA FAMILIAR.....	5
8) REFERENCIAS	5

TEMA 8. LA VIRGEN MARÍA, MADRE DEL PERDÓN

1) *Introducción*

Si recapitulamos lo que hemos estudiado hasta ahora, podemos dividirlo en dos bloques: en el primero, formado por los cuatro primeros temas hemos profundizado en la esencia del perdón. Así bajo la imagen del aceite y del vino en las heridas, en el primer tema nos reconocimos heridos, necesitados del perdón en el que hemos de creer pues su origen se encuentra en Dios que es amor misericordioso. Por ello suplicamos en el Padrenuestro, “perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”. En el segundo tema, profundizamos en la lógica del don para descubrir que el perdón es el don perfecto. Esta perfección del don nos ayuda comprender que su origen radical se encuentra en el Padre: “sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48). En el tema tercero estudiamos la temporalidad del perdón, bien cómo el tiempo es un ingrediente imprescindible para poder perdonar. La trama narrativa requiere ser recompuesta tras la ofensa y elaborar el perdón conlleva la temporalidad. Finalmente en el tema cuarto cerramos esta primera parte con la cuestión de la palabra. Con ella ofendemos tantas veces y repasamos los pecados de la lengua según la tradición medieval, y ella contiene también un valor terapéutico y sanador irrenunciable.

En el segundo bloque hemos estudiado los tipos de perdón. Concretamente nos hemos detenido en tres: el perdón paterno-filial, el perdón conyugal y el perdón fraterno. El primero tiene un singular valor paradigmático para comprender cómo el perdón nos re-genera., prolongando la acción generativa de los padres. El perdón conyugal es fundamental para renovar y hacer crecer el afecto y el amor conyugal. Las virtudes de la fortaleza y la esperanza, íntimamente unida a la paciencia son imprescindibles para adentrarse en la escuela del mutuo perdón que están llamados vivir los esposos. Finalmente el mes pasado hemos estudiado el perdón fraterno, condición para vivir una concordia fraterna, y que tiene siempre la amenaza de la envidia como pecado contra la fraternidad.

En este mes de mayo en el que culmina el tiempo de Pascua con la solemnidad de Pentecostés, vamos a acercarnos a la figura de la Virgen María para profundizar en su misión en el misterio del perdón.

2) **Santa María, refugio de pecadores**

En la reconciliación de los hombres con Dios, la Iglesia ha ido conociendo cada vez más claramente el papel de santa María Virgen. Así en los primeros siglos, los santos Padres, al tratar del misterio de la Encarnación del Verbo, afirman con frecuencia que el seno virginal de la Madre del Señor fue el lugar donde se realizó la paz ente Dios y los hombres. San Juan Pablo II afirma, al respecto, en la exhortación *Reconciliatio et paenitentia* que “por su maternidad divina fue hecha colaboradora de Dios en la misma obra de la reconciliación” (n. 35).

En la Edad Media se va a profundizar más y más en la función maternal de la santísima Virgen. De este modo van a aparecer los siguientes títulos, “camino de reconciliación”, “causa general de reconciliación” y “madre de reconciliación”. El origen de todos estos títulos se encuentra en el hecho de haber nacido de ella Jesucristo, “reconciliación de los pecadores”. San Anselmo de Cantorbery afirma que no hay reconciliación fuera de la que tú castamente engendraste”. Por ello los fieles se acogen a la santísima Virgen para obtener, por su intercesión, la gracia de la reconciliación. En relación con ello, a partir del siglo XII los cristianos veneran a María con el título de “Refugio de pecadores”.

En nuestros tiempos, gracias principalmente a los Misioneros de Nuestra Señora de La Salette, se invoca al Virgen con el título de “Reconciliadora de los pecadores”. El 19 de septiembre de 1846 se apareció la Santísima Virgen en La Salette (Francia), a dos pastorcitos naturales de Corps, pequeño pueblo cercano a Grenoble: Melanie Calvat de quince años, y Maximin Giraud de once. Con ocasión del 150º aniversario de la aparición de la Virgen, San Juan Pablo II afirmó que “La Salette es un mensaje de esperanza, puesto que nuestra esperanza se apoya en la intercesión de la Madre de los hombres” (Discurso 6.05.1996).

Dado que María es Madre de Dios que perdona, que ofrece incesantemente el perdón a todo pecador que se arrepiente, podemos decir que María es Madre del perdón y de la misericordia, como la invocamos en la oración de la *Salve Regina*. En esta misma oración le suplicamos que vuelva a nosotros esos sus ojos misericordiosos para que después de este destierro, nos muestre a Jesús, fruto bendito de su vientre. Por cierto que el origen de la *Salve* es misterioso y fue inicialmente una de las cuatro antífonas del Breviario dedicadas a la Virgen (las otras tres son *Alma Redemptoris Mater*, *Ave Regina Coelorum* y *Regina Coeli*). La *Salve* como antífona se cantaba en las fiestas de la Asunción, Purificación, Anunciación y Natividad de la Virgen, las cuatro fiestas más antiguas de María Santísima. Sobre la divulgación y la devoción entre los cristianos de esta plegaria es bueno recordar que fueron los peregrinos quienes más la extendieron. Entraban y salían cantándola en todas las iglesias marianas y, sobre todo, en las catedrales famosas como Chartres, Tolosa y Compostela.

3) **María y la generatividad de la misericordia**

La bula “El rostro de la misericordia” (*Misericordiae vultus*) con la que se convocó el Año jubilar de la misericordia anunciaba gozosamente que en la fiesta litúrgica de la Inmaculada Concepción de la Virgen del año 2015, al cumplirse los cincuenta años de la clausura del Concilio Vaticano II, daría comienzo el evento del año jubilar. Con ello se dirigía nuestra mirada hacia la Virgen, para contemplarla como madre y maestra de la misericordia. En efecto, como explica la bula (*Misericordiae vultus*, n.3), Dios ha querido que María fuera santa e inmaculada en el amor (Ef 1,4) para llegar a ser la Madre del Redentor.



De este modo, se pone de relieve la trascendencia del evento generativo para la manifestación de la Misericordia divina. Como explicó San Juan Pablo II en la nota 52 de su segunda encíclica *Dives in misericordia*, en la tradición bíblica, junto con el término *hesed*, que indica la fidelidad hacia sí mismo y responsabilidad del propio amor, caracteres en cierto modo masculinos, el término que designa la misericordia divina es *rah'mim* que denota el amor de una madre. *Rahum* deriva de *rehem* que significa el regazo materno, las entrañas del seno de la madre. Sobre este trasfondo psicológico, el vocablo se asocia a una serie de disposiciones como la bondad, la ternura, la paciencia, la comprensión, la disponibilidad a perdonar. El Nuevo Testamento traduce el término *rahum* con el vocablo griego *splagjizomai*, de *splagjna*, con la misma connotación semántica y que se emplea para designar, además de entrañas en general, el seno materno. De las doce veces que el verbo aparece en los evangelios, nueve se atribuye a Jesús y tres a personajes de las parábolas que pueden representar a Cristo (cf. Mt 18,27; Lc 10,33; 15,20). Es interesante notar su uso aplicado al padre en la parábola del hijo pródigo (cf. Lc 15,20). Con este verbo se expresa el sentimiento de Jesús ante los necesitados en general: la multitud (cf. Mt 9,36; 14,14; 15,32; Mc 6,34, 8,2), los ciegos (cf. Mt 20,34), los leprosos (Mc 1,41), la viuda de Naim (Lc 7,13). Llama la atención que, cuando en la carta de Santiago se atribuye a Dios -al Señor-, el título de *rahum* citando expresiones del Antiguo Testamento (cf. Sant 5,11; Sal 103,8; 111,4) se hace utilizando un prefijo que multiplica el sentido del término griego, como queriendo decir que Dios ama con muchas entrañas de madre (*poly-splagjnos*).

El profeta Isaías expresa de este modo el amor misericordioso de Dios por su pueblo: «¿Puede acaso una mujer olvidarse de su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Aunque ellas se olvidaran, yo no te olvidaré» (Is 49,14). La unión de la madre con el hijo está escrita en su propia corporalidad. Desde el vínculo más profundo y originario, mejor, desde la unidad que liga a la madre con el niño, brota una relación singular, un amor particular. Se puede decir que este amor es totalmente gratuito, no fruto del mérito, y que bajo este aspecto constituye una necesidad interior: es una exigencia del corazón.

El amor maternal es capaz de transformar la casa en un hogar. En tal sentido, la Virgen hace que la Iglesia no solo sea Templo, sino también hogar, lugar cálido, familiar, de acogida y misericordia. La vinculación generativa entre María y Cristo se convierte, por consiguiente, en una potente luz para penetrar en el misterio de la misericordia. En las dóciles entrañas de la Virgen, el Espíritu va modelando la carne de Cristo. María es tierra virgen en la que se va Madre e Hijo es dinámica, y va cambiando y adquiriendo nuevos tonos y matices a lo largo de su existencia. Nazaret, Ain-Karim, Belén, Egipto, Nazaret, Caná..., irán jalando las etapas de este camino que culmina en Jerusalén y en el monte de la Ascensión. Si Dios se ha revelado de modo eminente en Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, el camino de la carne de Cristo se desarrolla en la familia de Nazaret. La vida de la Sagrada familia de Nazaret que tiene su origen en este vínculo amoroso entre Madre e Hijo es un lugar de revelación particularmente luminoso de la misericordia divina. Santa María es invocada en la liturgia cristiana como Reina y Madre de misericordia.

El título «Madre de misericordia» parece provenir de San Odón, abad de Cluny en el siglo x. La maternidad es para María la experiencia sublime de la misericordia divina. Ella es misericordiosísima, clementísima, tiernísima, amantísima, como la denomina san Lorenzo de Brindis, porque ha concebido y dado a luz a Cristo, porque no ha cesado de crecer en su maternidad hasta el punto de convertirse en Madre de la Iglesia. Ella ha experimentado y conocido la misericordia divina de un modo único, privilegiado, extraordinario. Por ser la Madre gloriosa de Cristo es consuelo y esperanza de los pecadores. Santo Tomás de Aquino afirma en su comentario al evangelio de San Juan a propósito de la escena de Caná: «En cuanto



la beata Virgen estaba llena de misericordia, quería solucionar los defectos ajenos». Se pone así de manifiesto que el poder de la misericordia reside en que donde existía una carencia humana se manifiesta una plenitud y sobreabundancia divina. En la Edad Media se representará a la Virgen con las manos alargadas sosteniendo el manto que acoge bajo su protección a las familias.

4) *La familia, primera misericordia de Dios*

La familia es la primera misericordia de Dios pues en ella se experimenta esta dimensión generativa de la misericordia de un modo absolutamente singular. En primer lugar, con el nacimiento de los hijos. San Lucas narra de este modo el nacimiento de san Juan Bautista: «Se le cumplió a Isabel el tiempo de dar a luz y tuvo un hijo. Oyeron sus vecinos y parientes que el Señor le había hecho gran misericordia, y se congratulaban con ella» (Lc 1,57-58). El acontecimiento generativo no es algo puntual y aislado sino que sella, y cambia para siempre toda la vida de la familia.

Esta dimensión generativa de la experiencia familiar incluye la identidad personal de cada uno y califica la relación, con una fuerza de vinculación muy superior a otras, dado que lo generativo expresa la dimensión genética irreversible y perdurable que se encuentra como fundamento de la comunión constitutiva entre los sujetos y es medida de los comportamientos relacionales. La experiencia es el ámbito de la singularidad, de lo vivido en primera persona, en cuanto mío. No obstante, no es un lugar solipsista, sino que es constitutivamente lugar de relación y confianza. Esto se pone de relieve en el hecho de que el lenguaje de la experiencia es típicamente el de la narración. El relato no es solamente lenguaje expositivo de la experiencia, sino que es la acción en la que la experiencia se cumple. El relato es el discurso que otorga unidad efectiva y coherencia de sentido a los acontecimientos que vive la familia que narrándolos, se narra a sí misma. Además, todo relato da inicio a una tradición que predispone y condiciona una posible ulterior experiencia. Por otro lado, todo relato pertenece a una historia precedente, a una tradición de relatos ya existente. Del mismo modo, nuestro relato es precedido por el de quien nos ha gestado en su seno y el de aquellos que nos han cuidado.

La experiencia de la misericordia en la familia otorga unidad a la narratividad familiar y permite vivir los relatos familiares dentro de una tradición viva. Si el pecado equivale a la dispersión del tiempo y es principio de anti-historia que hace rígido el pasado y volatiliza el futuro, la misericordia hace posible que la unidad narrativa de la familia y su inclusión en una tradición cobren una unidad de sentido que permite a los miembros de la familia vivir una comunión dinámica a través del tiempo, que les hace capaces de realizar su propia síntesis vital.

Si generar no es posible sin ser generado, si la experiencia no es posible sin hacer experiencia, y sin activarla a través de «hacer hacer experiencia», perdonar no es posible sin ser perdonado. La intrínseca relacionalidad de la vida familiar es un elemento irrenunciable de la experiencia de misericordia. Tanto el amor como la misericordia en la vida familiar siendo dones incluyen una «tarea relacional» a la que se es iniciado y educado como modo concreto de la lógica que preside la familia: recibir, dar y corresponder. De este modo, si la capacidad de pedir y otorgar el perdón es originaria del ser humano, esta capacidad ha de ser activada en la experiencia cotidiana de la familia, puesto que es el lugar originario del ser humano. De este modo, podemos comprender que el perdón y la misericordia nunca son un automatismo mecánico ni formalista.



5) **Resumiendo**

La cooperación de María en la obra de la salvación llevada a cabo por Cristo tiene como fundamento su maternidad divina. Engendrando a Aquel que estaba destinado a realizar la redención del hombre, alimentándolo, presentándolo en el templo y sufriendo con él, mientras moría en la cruz, María “cooperó de manera totalmente singular en la obra del Salvador” (LG, n. 61).

En la conclusión de la encíclica *Veritatis splendor*, María es presentada como madre de Dios y madre de misericordia. Lo es por un doble motivo según el documento. En primer lugar, como afirma textualmente San Juan Pablo II: “María es Madre de misericordia porque Jesucristo, su Hijo, es enviado por el Padre como revelación de la Misericordia de Dios (Cf. Jn 3,16.17)...la misericordia más grande radica en su estar en medio de nosotros y en la llamada que nos ha dirigido para encontrarlo y proclamarlo, junto con Pedro, como “el Hijo de Dios vivo” (Mt 16,16)” (VS 118). En segundo lugar, como dice un poco más adelante: “...porque Jesús le confía su Iglesia y toda la humanidad. A los pies de la cruz, cuando acepta a Juan como hijo; cuando, junto con Cristo, pide al Padre el perdón para aquellos que no saben lo que hacen (cf. Lc 23,34), María, en perfecta docilidad al Espíritu, experimenta la riqueza y universalidad del amor de Dios, que le dilata el corazón y la capacita para abrazar a todo el género humano. De este modo, se nos entrega como madre de todos y de cada uno de nosotros. Se convierte en la madre que nos alcanza la misericordia divina” (VS 120).

Para terminar recordemos la bella imagen patrística de María, abogada de Eva, que desata los nudos complejos del pecado que nosotros formamos, desenredando nuestra historia y permitiendo que volvamos a vivirla con protagonismo. Al influjo del mal de la primera virgen y esposa responde en sentido contrario el de María, Virgen y Esposa.

6) **Concretando**

1. ¿En qué modo la Virgen María colabora en la obra de la reconciliación de los hombres?
2. ¿Cómo puede ayudarnos la Virgen a vivir mejor la experiencia del perdón?
3. ¿Qué nos enseña María sobre la generatividad familiar?
4. ¿ En qué sentido la familia es la primera misericordia de Dios?

7) **Práctica familiar**

Recordaros que la práctica para este curso es ejercitarnos en la celebración del sacramento de la confesión. La propuesta es ofrecerlo a todos los miembros de la familia un domingo al mes, y celebrarlo con un postre en la comida o cena de ese domingo.

8) **Referencias**

- J. LARRÚ (ed), *El camino de la misericordia*, Universidad San Dámaso, Madrid 2017.
 A. ORBE, “La Virgen María abogada de la virgen Eva”, *Gregorianum* 63 (1982) 453-506.